

Sartre en Punto de vista: una historia de resignación y olvido.

Fernando Agustín Urrutia.

Cita:

Fernando Agustín Urrutia (2015). *Sartre en Punto de vista: una historia de resignación y olvido*. Documento de la cátedra Teoría de la Crítica.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/fernando.agustin.urrutia/12>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ph2p/0oK>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SARTRE EN PUNTO DE VISTA: UNA HISTORIA DE RESIGNACIÓN Y OLVIDO

Fernando Agustín Urrutia (UNLP)
Urrutiafernando4994@gmail.com

“estamos convencidos de que no cabe lavarse las manos. Aunque nos mantuviéramos mudos y quietos como una piedra, nuestra misma pasividad sería una acción. [...] El escritor tiene una situación en su época; cada palabra suya repercute. Y cada silencio también.” Jean-Paul Sartre, *¿Qué es la literatura?*

La crítica moderna argentina comienza con la revista *Contorno* (1953-59). Tanto desde la continuidad como desde la ruptura con el grupo, los nuevos críticos se definen, desde fines de la década del sesenta, en base a su posición respecto de la línea teórica e ideológica que fundaron personalidades como David Viñas, Noé Jitrik, Adolfo Prieto, Oscar Masotta, Ricardo Piglia, Tulio Alperin Donghi, entre otros. Ellos relejeron, organizaron, recortaron y actualizaron el campo intelectual y literario argentino; tanto sus críticas como las tendencias estéticas y políticas que defendían ejercieron un papel hegemónico durante la década del sesenta, la cual fue fundada y representada, según Oscar Terán, por *Contorno*.

La principal influencia que tuvo el proyecto (y que trasplantó y adaptó a las problemáticas nacionales) fue la filosofía existencialista de Jean-Paul Sartre, quien desde su famosa revista *Les Temps Modernes* (gran modelo, también, de *Contorno*) impulsó desde fines de los cuarenta una imagen del intelectual como un sujeto comprometido, cuyo saber teórico no se subordina a ninguna institución más que a la sociedad misma, ya que la filosofía es una entidad viva que debe ser usada como un arma de lucha en servicio, principalmente, de la revolución socialista. La literatura y demás prácticas discursivas, por extensión, y tal como lo demuestra nuestro epígrafe, debe ser un medio por el cual expresar ese compromiso del hombre con su época, con su pueblo y con las grandes causas revolucionarias y totalizadoras. De esta forma, la crítica de *Contorno* “se desplaza hacia la moral y hacia la estética del compromiso. Pero, fundamentalmente, se radica, transformándose en historia (social y literaria)” (Sarlo, 1981:5)

En efecto: la relación entre la historia, la sociedad, la política y la literatura ocuparon gran parte de los textos y metodologías de análisis de los integrantes del grupo, siempre atravesados por los ideales sartreanos. De aquí se deriva el rechazo de la revista hacia

literaturas “descomprometidas” o que no provenían de un autor cuya imagen no estuviera vinculada al compromiso político, como es el caso de Jorge Luis Borges, altamente repudiado, en especial, por David Viñas, director de la revista y reivindicador, justamente, de la obra de Rodolfo Walsh. Tal como lo expresa Beatriz Sarlo al explicar la postura de *Contorno* frente al autor de “El aleph”:

Construido tanto sobre la recuperación del lenguaje coloquial como sobre la afirmación de una literatura que aspire a la totalidad por la representación crítica, el sistema literario de *Contorno* no podía al mismo tiempo fijar un foco sobre la literatura que parecía contradecir alguna de sus normas: el espíritu de gravedad del intelectual, la ilusión de que el valor literario se origina en la experiencia, el convencimiento de que la literatura tiene una garantía en el lenguaje, pero se juega radicalmente en sus contenidos e ideas. (1981: 11)

Como se puede apreciar, los tópicos sartreanos establecieron los parámetros tenidos en cuenta por *Contorno* para definir qué es o cómo debe ser la literatura y, por consiguiente, a qué tipo de textos otorgarles legitimidad o prestigio. La influencia que esto iba a ejercer sobre las generaciones intelectuales venideras sería avasallante.

Diez años después del cierre de *Contorno*, sus herederos directos e incluso varios de sus ex- integrantes fundaron la revista *Los libros* (1969-1976), cuya intervención en el campo intelectual argentino de esos años produjo una huella imborrable, también, en el modo de hacer crítica literaria, política y cultural. Desde el comienzo sus redactores intentaron diferenciarse de sus predecesores en cuanto a los métodos de análisis utilizados: apoyados en las nuevas teorías de origen predominantemente francés como el estructuralismo, los “nuevos críticos” iniciarían un primer proceso de diferenciación metodológica con sus “maestros”, pero nunca abandonaron su preocupación por el contexto socio-político, la creencia en la por entonces tan difundida idea de que “la historia tiende al socialismo”, y, por ende, en la certeza de una revolución inminente. El compromiso intelectual ya no adhería al discurso sartreano, pero mantenía la esencia que el filósofo francés había sabido imprimir en la pluma de los escritores de la época: el saber, la crítica como una práctica política anti-capitalista, aún estaba al servicio de una causa particular, inscripta en un movimiento de trascendencia universal. No obstante, la oscura mañana del 24 de Marzo de 1976 sofocó los últimos vestigios de una ilusión ya ofuscada por el fracaso del mayo francés. Mientras el ya veterano Sartre firmaba una petición que exigía a la junta militar respetar los derechos humanos en el país, los intelectuales argentinos apagaban su voz en el exilio o el miedo. *Los libros* había sido allanada un mes antes de un golpe que ya dejaba asomar sus rasgos más

hostiles. El campo intelectual estaba en crisis; la crítica, amordazada. Había que buscar nuevos espacios de lucha, sin despertar el ojo manso de una muerte vestida de verde.

En este contexto, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio, Ricardo Piglia y otros que habían participado en la redacción de *Los Libros* emprendieron un proyecto semiclandestino que parecía ser una continuación de aquella, pero que finalmente trascendió el tiempo de la censura y la represión para consagrarse como la revista quizás más importante en la historia cultural argentina: estamos hablando, claramente, de la revista *Punto de Vista* (1978-2008). La longevidad, la actualización teórica, el prestigio a nivel nacional e internacional, la postura vanguardista frente al canon y a las nuevas corrientes de estudios culturales, entre otras operaciones situaron a *Punto de vista* como principal referente del paradigma cultural y crítico argentino. Su influencia es indiscutible; su importancia, infranqueable. Sin embargo, es menester preguntarse qué postura adoptaron los integrantes de la revista respecto a la línea ideológica que venía atravesando a la figura del intelectual desde *Contorno*. En otras palabras, ¿cómo recibió esa generación decepcionada, cuyas ilusiones revolucionarias fueron vaciadas, y la imagen comprometida que de ellos se esperaba lentamente desecada el peso de una herencia que les exigía continuar, a pesar de todo, con los grandes ideales modernos aun siendo parte de una democracia cada vez más fortalecida?

“en el plano teórico, *Punto de vista* necesitaba abandonar la teoría. [...] abandonar la teoría entendida, en tanto aparato metodológico, como “modelo”, y en tanto compromiso subjetivo, como doctrina, como creencia, atada por tanto a una correlación más o menos directa con un tipo de praxis, es decir un tipo de militancia, un tipo de moral. (Dalmaroni, 1997: 3)

Tal como lo insinúa Dalmaroni, el desapego de una teoría de la praxis (que había prevalecido hasta entonces) proviene, sin dudas, del desencanto con las ideas de izquierda, con los movimientos emancipatorios latinoamericanos, con la figura de un intelectual que, a fin de cuentas, nunca logró acercarse a las masas y movilizarlas realmente. Esto desembocó, por consiguiente, en la revisión crítica por parte de los integrantes de *Punto de vista* sobre los grandes valores y funciones que hasta ese momento habían teñido a la figura del intelectual:

Existía en *Punto de vista* un lugar que el intelectual debía ocupar en el debate político que ya no era el mismo que el que propugnaban estos mismos intelectuales en la década del sesenta y que merecía una reflexión profunda; por eso la revista muestra en sus páginas una permanente autorreflexividad acerca del tema. (Mercader: 4)

Autorreflexividad que se convierte en una cierta resignación acerca de la inutilidad del intelectual en el escenario posmoderno, regido por un capitalismo ácido donde se ha abandonado cualquier intento de comprender o poner en práctica el existencialismo o esa ética de la libertad ligada al compromiso político. En este contexto, los intelectuales quedarían relegados a otra función:

“quienes antes eran considerados intelectuales son los primeros en rechazarlo [...] Los intelectuales públicos, es decir hombres y mujeres cuyo teatro era la esfera pública, han entrado por miles en una zona especializada de lo público: la academia. Y en ella trabajan como expertos y no como intelectuales. (Sarlo, 1994: 181)

Así define Beatriz Sarlo, en *Escenas de la vida posmoderna* pero también en su artículo “Intelectuales, ¿escisión o mimesis?”, publicado en *Punto de vista*, al intelectual como sujeto representante de un saber específico, confinado estrictamente al ámbito académico, cuya labor crítica sólo es leída por sus pares, frente a la imposibilidad del discurso formal de filtrarse en los grandes medios masivos o en los ámbitos populares. De esta forma, *Punto de vista*, en su propia autorreflexión sobre el compromiso y la función del saber, rompe con la línea inaugurada por *Contorno* y, por lo tanto, contribuye al ya extendido olvido del pensamiento sartreano, el cual prácticamente no aparece mencionado más que en cuatro publicaciones a lo largo de los noventa largos números de la revista. Además, estos ensayos dedicados al filósofo no hacen una mención o repaso de los aspectos más profundos de su pensamiento, y mucho menos de sus ideas frente al papel del escritor y del intelectual. Basta con mencionar brevemente los contenidos de dichos artículos para formar un panorama de la postura de *Punto de vista* frente al pasado.

En el número nueve de la revista encontramos dos textos dedicados al autor: “Sartre: contra entusiastas y detractores” de Juan José Saer, y “Nuestro amigo, nuestro maestro” de Rossana Rossanda. Ambos están encadenados, pues son un breve homenaje al filósofo luego de su reciente fallecimiento. Homenaje que impone una toma de distancia: ambos textos elogian a Sartre por la influencia que logró ejercer en su tiempo, mas no buscan reivindicar o mencionar el peso que su filosofía pueda tener en la actualidad. De hecho, ambos autores rescatan el valor de la obra literaria de Sartre, la cual fue acusada de kitsch o fetichista por apuntar siempre hacia una finalidad específica, es decir, vinculada a la praxis. “Aunque el pensamiento sartreano pierda vigencia alguna vez, la intensidad de su escritura [la literaria] le asegura desde ya su

perennidad”(1980: 12) Expresa Juan José Saer, en defensa del filósofo. En consecuencia, el compromiso político es mencionado como una práctica casi individual: “no dejó de comprometerse, en el sentido en que no dejó de vivir en medio de las grandes cosas del mundo: vivir para sí mismo le hubiera parecido supremamente aburrido, intelectualmente degradante.” (1980: 14) Dice Rossenda, quien hace una breve biografía intelectual del autor. Dichos artículos son los más “temáticamente reivindicativos” de la labor del autor de *La náusea*.

En el número cuarenta y uno aparece un interesante estudio de Elisabeth Roudinesco titulado “Sartre, lector de Freud”. El mismo hace un relevamiento sobre las lecturas que el autor de *El ser y la nada* hizo del padre del psicoanálisis (recuérdese que Sartre planteó su propia teoría psicoanalítica, donde el inconsciente puede ser vencido por la voluntad humana en su estado de perpetuo devenir y elección), así como de las obras que surgieron de dichas lecturas: el guión sobre la vida Freud que Sartre hizo para el cineasta John Huston, así como textos ensayísticos y filosóficos. Sin embargo, las críticas a las interpretaciones que Sarte hizo del psicoanálisis freudiano, a no haber leído la totalidad de los escritos de Freud, a las posturas ambivalentes que adoptó a lo largo de su vida con respecto a sus propias declaraciones, entre otros, atraviesan todo el artículo de Roudinesco.

Por otro lado, los números cincuenta y tres y ochenta contienen los textos “Ciudades de los Estados Unidos” del mismo Sartre, y “El encuentro Sartre/Cartier-Bresson” de Raúl Beceyro respectivamente. El primero puede clasificarse con facilidad en el género crónicas o viajes, ya que describe las impresiones críticas de Sartre sobre el estilo de vida y las ciudades capitalistas norteamericanas que él mismo observa. El segundo es un ensayo dedicado a la obra de Cartier-Bresson, cuya influencia en el arte fotográfico fue decisiva. Beceyro parte del famoso retrato que el artista hizo de Sartre para desarrollar las principales innovaciones que este aportó a la teoría fotográfica, así como la estrecha relación que había entre ambos: Cartier-Bresson pidió a Sarte que prologue su libro sobre China y Oriente, donde, según Beceyro, Sartre no logra tener la agudeza suficiente para notar lo que las fotos deseaban transmitir.

Como se puede apreciar, la presencia de Sartre en *Punto de vista* es ínfima. La ruptura con el filósofo, con el materialismo dialéctico, con los movimientos de izquierda y con la ética del compromiso es también, como ya dijimos, un quiebre con los maestros de *Contorno*. Las críticas de algunos sectores hacia este viraje ideológico fueron numerosas, pero el nuevo panorama intelectual no dio lugar a grandes movilizaciones:

el abandono de las certezas movilizadoras de “una” verdad histórica es percibida como la abjuración de los ideales revolucionarios y el traspaso oportunista a las ideologías más reaccionarias. Esto es lo que condiciona una concepción de la historia y de la cultura cuyo sujeto ya no puede visualizarse y cuyo objeto ya no puede enunciarse con claridad. La función del intelectual, por tanto, no es más “esclarecedora” y su “perplejidad” ante la historia denuncia la pérdida- o el abandono- de su función social como sujeto portador de una verdad revelada. (Patiño, 1997: 19)

La vuelta del voto popular en el ochenta y tres trajo consigo una reubicación del rol del intelectual en la sociedad que la revista se encargó de legitimar: la desazón por el fracaso había barrido con los grandes postulados sartreanos. Es así como *Punto de vista* buscará nuevas teorías que le permitan afianzar el nuevo rol del intelectual como un académico, portador de un saber específico que ya no se involucra directamente en los conflictos sociales adoptando posturas radicales. Se prefiere, entonces, el objetivismo escéptico antes que el accionar en función de un ideal concreto. Por tal motivo, son las ideas del historiador inglés Raymond Williams las que *Punto de vista* insertará en el nuevo escenario crítico argentino, ya que aportan las herramientas teóricas y metodológicas que legitiman la nueva imagen del intelectual en la sociedad posmoderna.

Hacerse williamsiano permitía las dos cosas: por una parte, proporcionaba una perspectiva de análisis de la cultura que minimizaba el significado histórico de los episodios o las prácticas revolucionarias más o menos autoconscientes y más o menos dominantes. Ya no era necesario poner el foco en los momentos de rupturas, ni en las vanguardias ni en las estéticas de la novedad. [...] Por otra parte, el modo williamsiano de relacionarse con la teoría [...] era también *reformista*: la posibilidad de definirse “williamsiano” parecía casi autocontradictoria, porque serlo significaba constituirse como sujeto teórico o crítico ecléctico, móvil, metódicamente revisionista y metodológicamente escéptico, nunca definitivamente categórico. (Dalmaroni, 1997: 3)

Las nuevas generaciones heredarán esta noción del intelectual como una sujeto dueño de un saber que oscila entre la inutilidad y el autoengaño elitista. El escepticismo es indisociable de la correcta mirada crítica, pero la necesidad de un objetivo sólido al cual aferrarse, de una causa por la cual inventar un sentido frente a la nada, es inherente a la condición humana. La democracia es el gran logro del nuevo milenio, pero la forma en que la subjetividad de las masas es vulnerada y manipulada es el nuevo mal que la aqueja, el nuevo desafío que el intelectual debería denunciar más allá de los carcelarios y estériles confines del lenguaje académico. La crítica requiere también de la praxis del saber en la realidad; las ideas de Sartre, en este sentido, fueron cristalizadas por las vías

del pudor y el cinismo, y no por un simple cambio de época. Bastará con releer y sangrar bajo el filo de sus palabras:

El escritor “comprometido” sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es ambigüo y que no es posible revelar sin proponerse el cambio. Ha abandonado el sueño imposible de hacer una pintura imparcial de la sociedad y la condición humana. El hombre es el ser frente al que ningún ser puede mantener la neutralidad; ni el mismo Dios. Porque Dios, si existiera, estaría [...] situado en relación con el hombre. (Sartre, 1948: 53)

BIBLIOGRAFÍA:

Beceyro, Raúl. “El encuentro Sartre/Cartier-Bresson”. En: Punto de vista n°80, 2004.

Dalmaroni, Miguel. “La moda y ‘la trampa del sentido común’: sobre la operación Raymond Williams en *Punto de vista*” En: *Orbis Tertius* n°5, 1997

Mercader, Sofía. “Sobre *Punto de vista*, revista de cultura” Disponible online: http://www.academia.edu/3838517/Sobre_Punto_de_Vista_revista_de_cultura

Patiño, Roxana. *Intelectuales en transición. Revistas culturales argentinas (1981-1987)*. En: *Papeles del Recienvenido* n°4, Sao paulo, USP, 1997.

Rossanda, Rossana. “Nuestro amigo, nuestro maestro” En: Punto de vista n°9, 1980.

Roudinesco, Elisabeth. “Sartre, lector de Freud”. En: *Punto de vista* n°41, 1991.

Saer, Juan José. “Sartre: contra entusiastas y detractores”. En: Punto de vista n°9, 1980.

Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Bs. As, Ariel, 1994.

Sarlo, Beatriz. “Los dos ojos de Contorno” En: Punto de vista n°13, 1981.

Sartre, Jean-Paul *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires, Losada, 1948.

Sartre, Jean-Paul. “Ciudades de los Estados Unidos” En: *Punto de vista* n°53, 1993.